



La ‘nueva’ evangelización: ¿restauración o alternativa?

Ciencia Tomista, 117 (1990) 571-591

Felicísimo Martínez Díez, O.P.
Instituto Teol. “San Pedro Mártir”
Alcobendas. Madrid

La “nueva evangelización” es una de las expresiones más frecuentes hoy en el discurso teológico y pastoral. Seguramente seguirá siéndolo en los años venideros. Designa globalmente el desafío que la Iglesia siente hoy como prioritario en relación con la sociedad y con la misma comunidad cristiana. La reflexión teológica se ha dado a la tarea de discernir la naturaleza y las implicaciones de la nueva evangelización. La programación pastoral, por su parte, ha centrado su interés en el compromiso de una nueva evangelización. La actualidad del tema es relativamente reciente en la reflexión teológica. El programa pastoral de una “nueva evangelización” también es reciente. Sentida su necesidad por las diferentes Iglesias locales, el magisterio lo ha erigido en programa pastoral prioritario para toda la Iglesia. Juan Pablo II ha hecho de la “nueva evangelización” el objeto central de su pontificado.

Sin embargo, ya desde el principio han surgido interrogantes en torno al sentido de la “nueva evangelización”. ¿Se trata de una restauración de viejos modelos de evangelización o de una alternativa a los mismos? ¿En qué consiste su “novedad”? ¿Cuál es el sentido de la “nueva evangelización”? Hay un riesgo de ambigüedad en este tema teológico y en este programa pastoral. Las siguientes reflexiones pretenden ser una contribución al discernimiento y a la clarificación del sentido de la “nueva” evangelización.

1. Con motivo del V Centenario de la Evangelización de América Latina

A partir del Concilio Vaticano II, la evangelización pasó a ser uno de los objetivos prioritarios de la reflexión teológica y, sobre todo, de la actividad misional de la Iglesia. Siguiendo la inspiración del Concilio, el Sínodo de los Obispos celebrado en el año 1974 confrontó a la Iglesia universal con el desafío prioritario de la evangelización. La exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, publicada en 1975 con motivo de los diez años de la clausura del Concilio y a raíz del aludido Sínodo de los Obispos, puede considerarse como la carta magna sobre la evangelización. En ella se subrayó la naturaleza esencialmente misionera de la iglesia; se afirmó el carácter prioritario de la actividad evangelizadora en la tarea misional y pastoral; se señalaron los desafíos planteados a la Iglesia en el mundo actual y los compromisos fundamentales de la evangelización.



Muchas de las Iglesias particulares o locales eran ya conscientes de la urgencia de la evangelización e incluso tenían ya un buen camino andado en esta tarea. Pero a partir del gran evento del Concilio Vaticano II, asumieron con mayor fervor y explicitaron con más fuerza su compromiso evangelizador. Las Conferencias del Episcopado Latinoamericano celebradas en Medellín (1968) y en Puebla (1979) son un buen ejemplo. Acontecimientos similares han tenido lugar en los demás continentes. Se han celebrado sínodos, asambleas, congresos, encuentros de diversa índole... en torno al tema de la evangelización. Todas las Iglesias locales han estado de acuerdo en asumir y subrayar la urgencia y la prioridad de la evangelización en los actuales momentos de la Iglesia y de la sociedad.

El magisterio de Juan Pablo II ha reafirmado esa prioridad y ha convertido la evangelización en programa pastoral aglutinante de los diversos aspectos del compromiso misional de la Iglesia. Juan Pablo II presenta la evangelización como programa central para la Iglesia al finalizar el segundo milenio cristiano. Y lo ha presentado bajo el signo y el lema de una “nueva evangelización”.

Hasta donde conocemos, la expresión nueva evangelización fue utilizada por primera vez por Juan Pablo II en su discurso a la XIX Asamblea Plenaria del CELAM, celebrada en Haití en marzo de 1983. El programa de una nueva evangelización fue explicitado en dicho discurso con las siguientes palabras: “La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestros presbíteros y fieles; compromiso no de reevangelización, pero sí de *una evangelización nueva*. Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”.

El 12 de octubre de 1984 Juan Pablo II vuelve sobre el programa de una nueva evangelización en el discurso dirigido a los Obispos de América Latina, reunidos en Santo Domingo para inaugurar el novenario con motivo del V Centenario de la primera evangelización. En aquella ocasión Juan Pablo II se expresó en los siguientes términos: “El próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización nos convoca, pues, a una nueva evangelización de América Latina, que despliega con más vigor –como la de los orígenes- un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza. Este tiene un nombre: *la civilización del amor*”.

Si el programa de la nueva evangelización es proclamado explícitamente desde Iberoamérica y en relación con la celebración del V Centenario de la primera evangelización del continente latinoamericano, pronto es presentado como un programa para toda la Iglesia. Las bases doctrinales y las orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II y de la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI habían puesto ya la evangelización en el centro de la misión celestial. Pero no se había hablado aún de una nueva evangelización. Esta expresión pertenece al magisterio de Juan Pablo II.

Juan Pablo II proyecta sobre toda la Iglesia el programa de la nueva evangelización, que había proclamado originalmente en un contexto latinoamericano. Esta proyección queda patente en diversas intervenciones y en casi todos los documentos de su magisterio. Entre las intervenciones y documentos más significativos destacan, por ejemplo: el discurso a la Organización Internacional del Trabajo, en Ginebra; la comunicación ante el Parlamento Europeo; la encíclica *Slavorum apostoli*, en la que encomienda a la Iglesia el desafío de reconstruir la unidad de Europa y de toda la humanidad; las encíclicas *Sollicitudo rei sociales*, *Christifideles laici*, etc... Su magisterio en las



visitas pastorales a los diversos continentes ha insistido en la urgencia de una nueva evangelización como tarea prioritaria de la Iglesia.

El consenso respecto a la urgencia de esta nueva evangelización es prácticamente universal. Apenas es objeto de debate. La cuestión disputada gira en torno a la “novedad” de esa evangelización. ¿Cuál es su verdadero significado?

2. El contexto socio-religioso de la “nueva evangelización”

La evangelización nunca ha sido el resultado de una Iglesia centrada sobre sí misma, de una actitud eclesiocéntrica de la comunidad cristiana. Esta actitud es más propensa a la pastoral de conservación que a una pastoral misionera y evangelizadora. Estas afirmaciones elementales son válidas también para la “nueva evangelización”. Si la urgencia de una nueva evangelización ha aflorado en la conciencia de la Iglesia actual, es porque ésta se ha extrovertido, se ha abierto al mundo y ha iniciado un diálogo con la sociedad. El Concilio Vaticano II fue promotor oficial de este diálogo Iglesia-Mundo. Esta actitud extrovertida o misionera de la Iglesia es más propensa a una pastoral de evangelización que a una pastoral de conservación.

El contexto más genérico de la nueva evangelización es este diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Pero el diálogo Iglesia-Mundo tiene diferentes características en los diversos continentes, porque diferentes son también los contextos sociales, políticos, económicos, culturales y religiosos de los mismos. El programa de la nueva evangelización fue anunciado primeramente en el continente latinoamericano, con motivo de la debatida celebración del V Centenario de la primera evangelización. Pero este motivo cronológico no pasa de ser un simple pretexto para dicho programa. A él es preciso añadir otros motivos más profundos y significativos. La situación o el contexto socio-religioso de ese continente es la razón de fondo que urge hoy de forma especial una nueva evangelización.

En primer lugar, el fenómeno masivo de la religiosidad popular configura el contexto religioso que clama por una nueva evangelización. La mayoría de la población iberoamericana profesa la fe cristiana, pero adolece de una evangelización deficiente. Bautizados en una gran mayoría, los latinoamericanos mantienen una práctica sacramental habitual u ocasional y una práctica devocional abundante. Se puede hablar de unas comunidades cristianas sacramentalizadas, pero escasamente evangelizadoras. Apenas las comunidades eclesiales de base han supuesto un viraje en la pastoral, que se ha reflejado sobre todo en la prioridad de la evangelización. Ella ha sido como pequeños laboratorios de una nueva evangelización. La pastoral no ha corrido la misma suerte en el ancho campo de la religiosidad popular. Es ésta abundan los valores humanos, religiosos, cristianos; pero abundan también las ambigüedades o los antivalores manifiestos desde el punto de vista cristiano. La responsabilidad de estas ambigüedades no hay que cargarlas a los creyentes, sino a la deficiente evangelización. Desde el ancho campo de la religiosidad popular se hace sentir hoy la urgencia de una nueva evangelización en América Latina, después de cinco siglos de historia cristiana en el continente.

En segundo lugar, el contexto social, político y económico del continente denuncia abiertamente la escasa penetración del evangelio en las estructuras sociales. Medellín habló de un “pecado estructural” que atraviesa todo el continente, lo que equivale a afirmar la ausencia del Reino de Dios en esas estructuras, o la ausencia de una evangelización históricamente operativa. No es éste el momento de entrar en análisis exhaustivos de esas situaciones, pero sí conviene destacar un hecho significativo para la misión de la iglesia: un continente masivamente cristiano se



encuentra atravesado por situaciones y prácticas históricas radicalmente anticristianas o antievangélicas. La injusticia institucionalizada es la denominación más global y la raíz más profunda de estas situaciones que contradicen las exigencias del Reino de Dios. Es la paradoja de unos pueblos masivamente cristianos y a la vez sumergidos en situaciones generalizadas de injusticia, marginalidad, opresión, dominación, pobreza, hambre, violencia y muerte. Todas estas situaciones contradicen la fraternidad, núcleo de la experiencia cristiana y de la práctica del Reino. Las luchas liberadoras mantenidas a impulso de la fe cristiana, constituyen el contexto desde el que surge con más fuerza el clamor por una nueva evangelización. Al margen del compromiso con la justicia es imposible una evangelización genuina, ya que la justicia es el núcleo del anuncio del Reino y la condición indispensable para toda práctica de la fraternidad. Por consiguiente, es preciso que crezcan a la vez la justicia que hace creíble el anuncio del evangelio y una nueva evangelización que coloque la justicia y la solidaridad en el centro de ese anuncio del evangelio y de esa práctica del Reino.

En tercer lugar, una serie de fenómenos culturales plantean nuevos retos a la misión eclesial y reclaman una nueva evangelización. La lucha de los pueblos hispanoamericanos por una real independencia cultural y económica, que trascienda la independencia política formal, ha creado en ellos una conciencia progresiva de su identidad cultural y de la singularidad de su historia y sus culturas. Esta conciencia se ha reflejado también en la Iglesia, en la reflexión teológica, en la actividad pastoral. De esa conciencia ha brotado el clamor intenso por una inculturación del mensaje cristiano, de la práctica cristiana, de la presencia y la organización eclesial. Este clamor equivale a la demanda de una nueva evangelización. Las Iglesias locales han adquirido una importancia creciente como sujetos primeros de evangelización y como responsables más directos de la inculturación.

La urgencia de la inculturación se ha sentido de forma especial en el contexto indígena. La conciencia indigenista se ha fortalecido notablemente en las últimas décadas. Ella plantea de forma radical el problema de la inculturación del mensaje cristiano o el problema de una nueva evangelización. Las culturas y las religiones indígenas han estado sometidas y oprimidas a partir de la conquista y la colonización. Hoy, sin embargo, recobran la conciencia de su identidad y de su dignidad, y han entrado en una legítima defensa de sus valores. Se impone, por consiguiente, una nueva evangelización que supere el tradicional eurocentrismo que acompañó a la primera evangelización y que se realice en diálogo con las culturas y las religiones autóctonas, reconociendo las 'semillas del Verbo' presentes en ellas. Desde este contexto indigenista ha surgido también el clamor por una nueva evangelización, por una nueva presencia inculturada del evangelio.

El contexto socio-religioso de Europa y, en general, del primer mundo es muy diferente. Es cierto que no faltan en éste los sectores pertenecientes al hoy llamado 'cuarto mundo', sectores pobres y marginados. Pero la raíz de estas situaciones de periferia es preciso buscarlas en el centro político, ideológico y religioso del primer mundo. El programa de la nueva evangelización anunciado primeramente en América Latina y proyectado posteriormente sobre Europa y el primer mundo en general, tiene aquí connotaciones específicas. Si en el continente latinoamericano el pretexto para el programa de la nueva evangelización ha sido la próxima celebración del V Centenario de la primera evangelización, en Europa dicho pretexto es el fin del segundo milenio cristiano y la proximidad del tercero. Pero lo que verdaderamente importa no es el pretexto del programa de la nueva evangelización, sino el contexto socio-religioso al que pretende dar respuesta.



La Europa de finales del segundo milenio cristiano enfrenta numerosos retos. La Europa occidental lleva ya años de camino en busca de la integración económica y aspira, en un segundo paso, a la integración y unificación política. El desarrollo económico de los países que la componen es manifiesto y se ha traducido en una cultura del tener y del consumo, con un alto costo humano y espiritual. Sin embargo, lejos de resolver el problema de la injusticia y sus secuelas, éste se ha acrecentado en amplios sectores de la población y en las relaciones internacionales. Estos hechos mayores son el contexto más genérico de la nueva evangelización.

Por otra parte, el derrumbamiento del muro de Berlín como símbolo y los acelerados acontecimientos que han tenido lugar recientemente en la Europa del Este, han amplificado de manera imprevista el ideal y las posibilidades de una Europa integrada y unificada, lo que supondría sin duda una nueva configuración geo-política a nivel incluso mundial. El ideal y el proyecto de una Europa que vuelva a ser hogar común y punto de referencia para toda la humanidad no son ajenos a algunas lecturas de estos acontecimientos. Estos hechos, de carácter fundamentalmente económico y político, son el contexto sociológico de la nueva evangelización de Europa. A ellos hay que añadir la nueva política de los países socialistas con respecto a la religión. Este hecho ha despertado un singular interés en la Iglesia. Esta ve abiertas nuevas perspectivas a su actividad misional y evangelizadora. Si caer en una lectura apologética y oportunista y de los acontecimientos, es razonable pensar en la urgencia de una nueva evangelización para una situación también nueva.

Sin embargo, el fenómeno más significativo en Europa desde el punto de vista religioso es, sin duda, el fenómeno de la secularización y de la increencia. Es un hecho especialmente significativo por cuanto la historia del continente europeo está asociada esencialmente al cristianismo. Dicha historia es impensable sin hacer referencia al sustrato cultural cristiano, como es impensable sin reconocer en ella la presencia de la filosofía griega y del derecho romano. Durante siglos el cristianismo ha sido uno de los componentes básicos de la cultura europea, con una notable incidencia en la organización social y en las diversas instituciones.

La cultura moderna nace en el seno de Europa cristiana. El humanismo renacentista es aún un humanismo religioso. Pero no le resultó fácil a la iglesia el diálogo con la cultura moderna, que progresivamente se fue emancipando de la tutela eclesiástica. Con el racionalismo se abrió una brecha definitiva a la autoridad absoluta de la revelación, que era el recurso último de la supremacía eclesial. El humanismo, rasgo destacado de la cultura moderna, fue primero un humanismo creyente, para convertirse luego en un humanismo teísta y finalmente en un humanismo antiteísta, ateo o simplemente agnóstico. La crítica de la religión en sus diversas versiones humanista (F. Nietzsche), político-económico (K. Marx), positivista (A. Comte) o psicoanalítica (S. Freud) intensificó este proceso de secularización del mundo moderno. Con el tiempo este proceso de secularización ha descendido de los altos niveles académicos a los bajos fondos de las instituciones sociales, políticas y económicas, hasta crear una cultura popular secular y laicista. Una buena parte de la población europea se siente hoy identificada con los postulados de esta cultura moderna secular, aunque la ola cultural postmoderna albergue en su seno una nostalgia de la experiencia religiosa.

El continente europeo, cuya historia está marcada por la centralidad de la tradición cristiana, enfrenta hoy el presente y el futuro desde los postulados de una racionalidad laica y secular. Aún persisten hoy en las sociedades europeas instituciones, estructuras, hábitos... de origen cultural cristiano. Pero esos elementos han quedado en general privados de los valores que los inspiraron originalmente. No se puede hablar ya de unas sociedades confesionalmente



cristianas. El proceso de secularización caracteriza a la *res pública* y ha desencadenado el fenómeno masivo de la increencia.

Desde el punto de vista teológico, el fenómeno de la secularización es ambiguo. El Concilio Vaticano II afirmó la autonomía del mundo y de las realidades terrenas. En este sentido se puede hablar de una significación positiva de la secularización y de una legitimación de la misma. La teología postconciliar ha mantenido esa afirmación de la autonomía de la secularización hacia un secularismo volcado sobre su propia inmanencia y cerrado a toda afirmación de la trascendencia. Este secularismo constituye un rasgo esencial de la cultura contemporánea. Desde este contexto religioso y cultural se entiende en Europa la urgencia de una nueva evangelización.

Resultado del proceso de secularización es la creciente increencia en la población europea. Traducida en simple agnosticismo o en abierta confesión de ateísmo, la increencia es profesada hoy abiertamente por muchos europeos. Ya no se trata sólo de la pérdida de protagonismo o de espacio social por parte de la religión o de las Iglesias. Se trata de una actitud personal del no creyente frente a la realidad y frente a la historia. El no creyente ya no es en la actualidad un disidente o un desadaptado social, como fue considerado en los tiempos de la Europa cristiana. Es un ciudadano normal, con todos los derechos, y, en algunos ambientes, es incluso considerado como el prototipo del ciudadano emancipado y adulto. La increencia es otro rasgo del contexto social y religioso europeo desde el que se ha propuesto el programa de una nueva evangelización. El destinatario de esta nueva evangelización no es ya simplemente la gran masa de la religiosidad popular sacramentalizada y escasamente evangelizadas, es fundamentalmente el no creyente.

Por otra parte, no faltan sectores en la Iglesia que atribuyen al secularismo y a la increencia casi todos los males de la sociedad actual: el deterioro de la moral pública y privada, la pérdida de valores institucionales y personales, la injusticia y la violencia institucionalizadas, el consumismo y el hedonismo y todas sus secuelas. Quizás sea una lectura demasiado confesional y moralizante de esos fenómenos. En todo caso, respuesta a las situaciones que padece la sociedad contemporánea. El secularismo y la increencia son el telón de fondo o el contexto socio-religioso de la nueva evangelización.

Más allá del ámbito iberoamericano y europeo, el programa de la nueva evangelización se ha extendido también a los demás continentes. África y Asia son hoy lugares claves que plantean grandes desafíos a la tarea misional y evangelizadora de la Iglesia. Desde el punto de vista social, económico y político, se repiten en estos continentes de forma análoga las situaciones referidas ya a los pueblos latinoamericanos. Con estos pueblos comparten numerosas situaciones de dependencia, colonialismo e imperialismo, con sus secuelas de injusticia, pobreza y violencia generalizadas. Son situaciones que claman igualmente por una nueva evangelización.

Pero hay un hecho especial que merece ser mencionado, porque sitúa a la evangelización ante un desafío ineludible. Se trata de la necesidad fuertemente sentida en estos continentes de una inculturación del evangelio. En el continente latinoamericano la reflexión teológica y la actividad evangelizadora han centrado la atención durante las últimas décadas en el problema urgente de la liberación. En los pueblos africanos y asiáticos, la reflexión teológica y la actividad evangelizadora han centrado la atención en el urgente problema de la inculturación. Desde este contexto es preciso interpretar la naturaleza de la nueva evangelización en estos pueblos.

En la mayoría de los pueblos africanos y asiáticos no se puede hablar de un predominio de la tradición cristiana, pese a los esfuerzos misionales de la Iglesia en los últimos siglos. Las tradiciones religiosas predominantes son otras. Por eso, el reto fundamental de la nueva evangelización no es el diálogo con la cultura secular, sino el diálogo con las grandes tradiciones



religiosas autóctonas. El diálogo entre el cristianismo y otras religiones es hoy el contexto obligado de la nueva evangelización.

Por otra parte, la influencia de la cultura europea no ha sido tan fuerte en estos continentes como lo fue en el continente latinoamericano. Los pueblos asiáticos y africanos no pertenecen al universo cultural occidental, resultado de la filosofía griega, de la religión judeo-cristiana y del derecho romano. Esto plantea con especial intensidad el problema de la inculturación del mensaje evangélico y de la experiencia y praxis cristianas en el contexto cultural asiático y africano. Si la tarea misional y evangelizadora de la Iglesia quiere superar los viejos hábitos eurocentristas, es preciso que el cristianismo entre en diálogo con esas nuevas culturas y consiga una real inculturación en ellas. El diálogo con unas culturas muy distintas y distantes de la cultura europea, en cuyos moldes se ha desarrollado la tradición cristiana, es el contexto socio-cultural de la nueva evangelización en estos continentes.

3. Sentido de la 'nueva' evangelización

Cualquier expresión corre el riesgo de convertirse en tópico o slogan. La habituación al lenguaje priva a éste con frecuencia de su semántica original, la vacía progresivamente de contenido o lo oscurece con malentendidos y ambigüedades. La expresión 'nueva evangelización' ha quedado fatalmente sometida a estos riesgos desde su aparición en el lenguaje eclesial. Por eso se hace ya necesaria la clarificación de las ambigüedades que esa expresión lleva consigo.

El objeto del presente trabajo no es analizar la naturaleza de la evangelización en general y de sus exigencias e implicaciones. Nuestro objetivo específico es descifrar el sentido del adjetivo calificativo 'nueva' aplicado a la evangelización en este momento de la sociedad y de la Iglesia. La pregunta que conduce las siguientes reflexiones es ésta: ¿En qué consiste la 'novedad' de la evangelización que la Iglesia coloca hoy en el centro de su programa pastoral y misional? ¿Qué sentido tiene la 'nueva' evangelización?

Antes de responder directamente a estos interrogantes conviene hacer una anotación previa. Toda evangelización implica esencialmente una 'novedad'. De lo contrario no sería evangelización. Es la novedad de lo anunciado, de un mensaje nuevo y novedoso, que es noticia y, por consiguiente, implica novedad. La evangelización es el anuncio de la buena noticia o de la buena nueva de Jesucristo o que es Jesucristo. Puede ser anuncio a aquellos que nunca han oído hablar de Cristo –primera evangelización- o a aquellos que le desconocen parcialmente después de haber oído hablar de él- segunda evangelización o catequesis continuada.

La primera evangelización es el anuncio primero de la Buena Nueva. En este sentido, implica una doble novedad: la de ser anuncio primero y la de ser anuncio de una Buena Nueva. Es el rasgo distintivo de una Iglesia verdaderamente misionera, extro-vertida, presente en situaciones de frontera y de periferia, abierta al mundo, en estado de misión. Por su parte, la catequesis continuada mantiene la novedad de ser anuncio continuado de la Buena Noticia de la salvación que ha tenido lugar en Cristo. La salvación y la liberación anunciadas en un contexto de pecado y de opresión siempre son una novedad. Y son novedad especialmente en la medida que la salvación y la liberación son actualizadas y realizadas de nuevo, de forma que el anuncio se verifique en cada momento histórico de la comunidad cristiana. Y también es novedad porque el Cristo total no se ha revelado aún en plenitud ni, por consiguiente, ha sido anunciado totalmente. Siempre se revela de nuevo mientras continúa su anuncio y su seguimiento. Por eso, la evangelización es misión



prioritaria de la Iglesia incluso al interior de la comunidad cristiana. Entraña un desvelamiento nunca concluido y un anuncio siempre nuevo del misterio cristiano.

La nueva evangelización no desconoce este sentido de la ‘novedad’. Se comprende ese rasgo esencial de cualquier programa evangelizador, pasado o futuro. Pero la nueva evangelización no sólo pretende ser anuncio de una Buena Nueva; pretende ser un nuevo anuncio de esa Buena Nueva en el contexto socio-religioso del mundo actual para abrirlo a un futuro nuevo. Es un programa nuevo de evangelización o una nueva forma de evangelización. Aquí van surgiendo los riesgos de ambigüedad en la comprensión e interpretación de la nueva evangelización. ¿Qué sentido o significado tiene esa ‘novedad’ del anuncio evangelizador?

En algunos sectores de la Iglesia el programa de la nueva evangelización ha ido adquiriendo connotaciones restauracionistas. Más que de una evangelización renovada y actualizada, se trata de una evangelización destinada a reinstaurar el viejo modelo de cristiandad. Este programa evangelizador se caracteriza más por la nostalgia del pasado que por la apertura creativa hacia el futuro. En este sentido se trataría de una evangelización paradójicamente conservadora, en la que predominaría lo viejo sobre lo nuevo. Su novedad consistiría en la vuelta a lo viejo.

El telón de fondo de esta concepción restauracionista de la nueva evangelización es una interpretación esencialmente política o politizada de la religión. Es la religión entendida como mecanismo de poder y dominio político como ideología legitimadora de éste. Es la concepción de la religión que inspiró y sustentó el régimen de cristiandad. En este régimen la sociedad es concebida como una sociedad confesionalmente cristiana, cuya gestión política global está sometida a los dictados e intereses de la fe cristiana y de la institución eclesial. La religión cristiana funciona como religión del Estado. En el régimen de cristiandad no hay lugar para la autonomía del mundo y de las realidades terrenas; no es legítimo el funcionamiento autónomo y aconfesional de las instituciones sociales, políticas, económicas. La religión es criterio supremo al que están sometidas todas las áreas de la vida social. La Iglesia es la autoridad suprema. En nombre del fin sobrenatural al que sirve, puede exigir la obediencia y la sumisión de toda autoridad civil. Esta es un simple medio o instrumento al servicio de la misión de la Iglesia.

La interpretación restauracionista de la nueva evangelización pretende reproducir e instaurar de nuevo este régimen de cristiandad; pretende implantar de nuevo viejos modelos de relación entre religión y política, entre Iglesia y sociedad civil. Trátese de una manipulación política de la religión (cesaropapismo) o de una manipulación religiosa de lo político (agustinismo político), el resultado es prácticamente el mismo: la religión se convierte en una ideología al servicio de un proyecto político de cristiandad. En esta perspectiva, la nueva evangelización pretende recristianizar la sociedad y encontrar así el camino de regreso al antiguo régimen de cristiandad, a los estados confesionales, al nacional-catolicismo o a los regímenes concordatarios.

En el régimen de cristiandad la confesionalidad es condición indispensable de la correcta ciudadanía: ser buen cristiano es condición indispensable para ser buen ciudadano. La herejía, el cisma o el ateísmo equivalen a la disidencia política. Por otra parte, la fe del ciudadano exige de éste el leal sometimiento a las autoridades instituidas legítimamente. Esta legitimidad le viene a la autoridad civil de su obediencia y sumisión a las leyes de Dios y de la Iglesia. El miembro de la cristiandad es a la vez súbdito de Dios y del rey. Por eso es absolutamente necesaria una coordinación entre la autoridad religiosa y civil.

En este contexto de cristiandad el objetivo último de la evangelización es la salvación, fin superior a cualquier fin temporal. Pero la salvación pasa necesariamente por la incorporación a la



Iglesia y la lealtad institucional a la misma. Fuera de la iglesia no hay salvación, ni temporal ni eterna. El valor absoluto de esta salvación eterna justifica el de la Iglesia. De esta forma, la evangelización destinada a la salvación de los evangelizados termina por funcionar como actividad e ideología al servicio del proyecto político de la cristiandad.

Esta interpretación restauracionista de la nueva evangelización no aparece, por supuesto, presentada abierta y explícitamente en estos términos. La racionalización de los sistemas políticos y económicos está hoy en la mayoría de los pueblos muy distante de los modelos de autoridad y de ejercicio del poder vigentes en el régimen de cristiandad. Pero un análisis crítico de las implicaciones que se atribuyen a la nueva evangelización en estos sectores de la Iglesia, pone de manifiesto la intención restauracionista de la misma.

Algunos proyectos de nueva evangelización desconocen la autonomía de las realidades terrenas y cuestionan en la práctica la legitimidad de la aconfesionalidad de los estados. Pretenden rescatar el protagonismo político, social y cultural de la Iglesia, haciendo de la referencia religiosa la única base de toda convivencia ciudadana. Desconocen la condición adulta del mundo moderno y cuestionan toda legitimidad del proceso de secularización. Ignoran en la práctica las leyes racionales de la democracia y el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Identifican el ideal cristiano con el ideal de la cristiandad, esencialmente asociado a una actitud eurocentrista y eclesiocéntrica. El modelo cristiano de sociedad es diseñado de acuerdo con el modelo cultural de la Europa cristiana. Por eso, la nueva evangelización tiene como objetivo la recristianización de la Europa secularizada o la reproducción del modelo de cristiandad en otros continentes. Europa vuelve a significar en estos proyectos evangelizadores el objetivo primero a evangelizar y el modelo a reproducir. Europa es la casa común y será el modelo de civilización en la medida que vuelva a ser la Europa cristiana.

La interpretación restauracionista de la nueva evangelización cifra la crisis actual de las sociedades en el intento de construir un mundo sin Dios. Consiguientemente, el objetivo último de esta tarea evangelizadora es la erradicación del ateísmo, del secularismo, del agnosticismo reinante. Es preciso recuperar el protagonismo político e histórico de la Iglesia y retomar el viejo ideal de la civilización cristiana.

Frente a esta interpretación restauracionista de la nueva evangelización, otros sectores de la Iglesia la interpretan como alternativa a viejos modelos de evangelización. “Evangelización profético-liberadora”: quizá es ésta la expresión que mejor recoge la interpretación de la nueva evangelización como “alternativa”. Libre de toda nostalgia del pasado, la nueva evangelización así entendida pretende desatar todo el potencial liberador del mensaje cristiano y de la práctica cristiana. Pretende actualizar el evangelio recreándolo o haciéndolo operativo en medio de la sociedad actual.

También esta interpretación de la nueva evangelización reconoce la dimensión política o pública de la religión, de la fe y de la praxis cristiana, pero en unos términos nuevos. La dimensión política de la fe cristiana nada tiene que ver con el protagonismo político de la Iglesia o con la pretensión eclesial de un acceso al ejercicio directo del poder político. La fe cristiana no está llamada a convertirse en religión del estado, en ideología legitimadora del poder político. Su aporte a la construcción de la sociedad va por otros caminos y se rige por otra dinámica que no es la del poder político. “Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos... No ha de ser así entre vosotros... (Mt 20, 25-26). La fe cristiana es instancia crítica de cualquier poder que pretenda erigirse en ídolo de dominación, de opresión y marginación. Por ese camino hay que buscar la dimensión política y pública de la fe cristiana.



La fe cristiana tiene indudablemente una dimensión pública o política. No se deja reducir a un asunto privado o privatizante, como han pretendido algunas corrientes de la modernidad y algunas versiones del proceso de secularización. La inhibición política, por su parte, tendría una significación política indirecta: funcionaría como ideología legitimadora o connivencia fáctica con el orden político establecido. La confesión de fe y la práctica cristiana aportan una serie de valores irrenunciables que enjuician, disciernen, refuerzan o denuncian los diversos modelos de convivencia social y los diversos proyectos políticos. Son los valores del Reino de Dios que tienen una fuerte incidencia en el ordenamiento de las relaciones sociales, políticas, económicas entre los hombres y entre los pueblos. La justicia y la solidaridad, valores centrales del Reino de Dios, no pueden ser privatizados. En este sentido, la nueva evangelización pretende devolver a la comunidad cristiana todo el potencial liberador de su fe y de su praxis. Entiende que éste es el aporte de la Iglesia a la construcción de una sociedad más justa y más humana, más acorde con el proyecto salvífico de Dios para la humanidad.

Con estos presupuestos la nueva evangelización, consciente de las crisis que atraviesan las sociedades actuales, asume el desafío de un nuevo esfuerzo evangelizador que devuelva a la comunidad cristiana el vigor y la vitalidad de la misión profética que está llamada a cumplir en la historia de la humanidad. Situaciones nuevas postulan un nuevo anuncio del evangelio, un anuncio actualizado del mismo. No se trata de una simple adaptación acrítica a los valores y criterios al uso en las diferentes sociedades y culturas. Se trata de una verdadera inculturación, de un diálogo entre el evangelio y la cultura, para superar aquella ruptura que Pablo VI consideraba el drama de nuestro tiempo.

La evangelización ha de ser nueva porque las situaciones existenciales de los evangelizados son nuevas, y porque el evangelio sólo es tal si es actualizado en el anuncio y en la práctica del mismo. Ha de ser nueva porque tiene que responder a las exigencias evangélicas de liberación que pesan sobre la humanidad en nuestro tiempo. No hay auténtica evangelización si no va acompañada del compromiso por la liberación integral del hombre y de todos los hombres. Una evangelización que asume este compromiso necesariamente ha de ser nueva con respecto a viejos modelos de evangelización, pues indudablemente algunos de estos modelos fueron ajenos a ese compromiso liberador. Esta nueva evangelización no se propone restaurar el viejo régimen de cristiandad. Su único objetivo es abrir nuevos caminos a una práctica cristiana liberadora para la sociedad y para la misma Iglesia.

Esta novedad implica ciertamente un nuevo ardor, unos nuevos métodos, unas formas nuevas de presentación del mensaje cristiano. Pero implica sobre todo la aceptación práctica de algunos postulados teológicos que deben inspirar y animar la nueva evangelización. En primer lugar, debe asumir la naturaleza esencialmente misionera o evangelizadora de la Iglesia. Evangelizar es su vocación, su misión, su identidad. La Iglesia es la Iglesia de Jesús en la medida que evangeliza. Debe superar el eclesiocentrismo para convertirse en signo y agente de la presencia del Reino en medio de la humanidad. En segundo lugar, es preciso rescatar la prioridad del anuncio kerigmático como primer paso hacia la construcción de la comunidad cristiana. La ausencia de ese anuncio explica en parte la ausencia de la experiencia cristiana y de la práctica del Reino en sociedades y culturas tradicionalmente cristianas. En tercer lugar, es preciso asumir que las liberaciones históricas son mediaciones de la salvación cristiana. Esas liberaciones históricas son los signos visibles que verifican y hacen creíble la evangelización. Estos son los presupuestos



teológicos de una evangelización profético-liberadora. Las implicaciones de esos presupuestos nos dan los rasgos característicos de la nueva evangelización.

4. Algunos rasgos de la nueva evangelización

Las dimensiones de la presente colaboración no permiten un análisis exhaustivo de la naturaleza e implicaciones de la nueva evangelización. Este objetivo será cubierto por las demás colaboraciones del proyecto. Sin embargo, nos parece conveniente completar estas reflexiones con la mención y somera descripción de algunos rasgos que deben caracterizar a la nueva evangelización, entendida no en un sentido restauracionista sino en un sentido profético-liberador. Los rasgos que señalamos son más un ideal a conseguir que una realidad ya vigente, aunque efectivamente la Iglesia cuenta ya con experiencias y prácticas significativas en este sentido.

En primer lugar, la nueva evangelización debe encaminarse más a *una iniciación vivencial y práctica en la experiencia cristiana* que a un simple indoctrinamiento de los evangelizandos. Es conocida la importancia de los ‘catecismos de la doctrina cristiana’ en la actividad misionera y catequética de la Iglesia. Los lugares o escuelas de evangelización se llamaron ‘doctrinas’ en América Latina. El nombre de aquellos y de estas son un indicativo de la importancia del indoctrinamiento. El conocimiento de la doctrina cristiana pareció ser en algunos casos el objetivo fundamental de la labor misionera y evangelizadora. Sin embargo, es preciso recordar un postulado fundamental de la nueva evangelización: el cristianismo no es simplemente una doctrina, ni el mensaje cristiano es un simple sistema doctrinal. El cristianismo es una experiencia de vida; el mensaje cristiano es un mensaje de salvación y liberación. No basta, por consiguiente, hacerse mentalmente con la doctrina cristiana o almacenar en la memoria las verdades fundamentales del credo cristiano para que la evangelización haya conseguido su objetivo terminal. Es preciso que ésta sea una iniciación en la vivencia y en la práctica de la vida cristiana.

Nadie pone en duda la necesidad e importancia del conocimiento en la actividad evangelizadora y catequética. Pero, si el cristianismo es una experiencia y una práctica de salvación y liberación, la evangelización debe priorizar el aspecto vivencial y práctico, la iniciación del evangelizando en la vivencia de la fe, su incorporación a la experiencia comunitaria, su ejercicio en la práctica de la injusticia y la liberación. El objetivo de toda evangelización es la conversión al Reino. La evangelización consigue su objetivo final en la medida que el hombre se convierte al evangelio, accede a una fe madura en Cristo, progresa en el seguimiento de Jesús y en la práctica de los valores del Reino. Aquí hay algo más que simple indoctrinamiento; la vida cristiana no es mera adhesión a una doctrina; es la adhesión al proyecto de vida de Jesús. Esto explica la importancia creciente del uso de la Biblia en la nueva evangelización. Una de las tareas primeras de ésta es facilitar al evangelizando el acceso directo a la Palabra de Dios. El potencial evangelizador de ésta es superior al del mejor catecismo.

En segundo lugar, la nueva evangelización debe ser *esencialmente testimonial*. Debe estar respaldada por el testimonio evangélico del evangelizador y de la comunidad evangelizadora. La palabra evangelizadora es necesaria, pero no es suficiente. Como sucedió siempre con la palabra profética en la historia de la revelación judeo-cristiana, deben estar respaldada por signos salvíficos y prácticas liberadoras. La palabra es necesaria para iluminar los hechos salvíficos. La predicación profética se hace creíble por los gestos salvíficos que la acompañan. La predicación de Jesús convoca a la fe gracias a los signos que hacen presente el Reino de Dios entre los oyentes. La expulsión de demonios es el signo más patente de la presencia activa del Reino de Dios.



Los signos de liberación hacen creíble el anuncio evangelizador. Por eso, la nueva evangelización debe ser testimonial. De ahí la gran importancia de la vida evangélica del evangelizador y de la comunidad evangelizadora. Las prácticas de fraternidad, justicia, solidaridad, comunicación de bienes deben acompañar todo anuncio del evangelio. Por el contrario, las prácticas antievangélicas de la Iglesia desacreditan el ministerio de la evangelización y restan credibilidad a la predicación del evangelio.

En tercer lugar, la nueva evangelización implica el compromiso de la Iglesia con la *causa de la justicia y la solidaridad*. La experiencia cristiana es una experiencia de comunión y solidaridad entre los hombres. Estas no son posibles al margen del compromiso con la justicia. Los profetas veterotestamentarios miden con la justicia o la injusticia reinantes el éxito o el fracaso de la elección, de la alianza, de la ley, del culto... Este criterio sigue siendo válido para la comunidad cristiana, llamada a ser voz y signo profético en medio de las gentes. La justicia y la solidaridad son las prácticas históricas que hacen presente el reinado de Dios, la actuación de Dios en la historia humana. Dios actúa justificando, haciendo justicia. Por eso, la nueva evangelización cuenta entre sus objetivos fundamentales con la defensa y promoción de la justicia y la solidaridad. La Iglesia debe garantizar este objetivo de la nueva evangelización siendo ella misma primer agente de justicia y solidaridad al interior de sí misma y en su relación con los demás sectores de la humanidad. La defensa de los derechos humanos es esencial a la nueva evangelización.

En cuarto lugar, la nueva evangelización debe ser esencialmente *liberadora*. En un mundo atravesado por las relaciones de opresión y dominación de unos hombres sobre otros, no es posible anunciar el evangelio de Jesús y el Reino de Dios sin denunciar esas situaciones y comprometerse con los procesos liberadores. El anuncio del Reino implica necesariamente la denuncia de toda situación y actuación históricas que se oponen y contradicen las exigencias de ese Reino. Las relaciones de opresión y dominación forman parte del anti-reino; son la concreción de un pecado estructural cuyas secuelas son hoy dramáticas en la mayoría de los pueblos. Ahí están la pobreza generalizada, la violación de la dignidad humana y de todos los derechos humanos; las carencias extremas de alimentación, vestido, vivienda, cultura; la explotación laboral; la marginalización, el racismo, el clasismo, el sexismo; la persecución de disidentes y el exilio forzoso; las innumerables formas de violencia y de muerte.

Todas estas situaciones producen numerosas víctimas que claman al cielo y convocan a la Iglesia a un compromiso decidido con la causa de la liberación, sumando sus fuerzas, en nombre de la fe, a todos los sectores de la humanidad que militan en esta causa. La denuncia de esas situaciones y el compromiso con las luchas liberadoras conducirán al conflicto entre la Iglesia evangelizadora y los poderosos, porque estos ven peligrar sus intereses. Por eso, la nueva evangelización debe asumir el conflicto como secuela de la fidelidad al evangelio de Jesús. Y no debe sentirse desautorizada por la simple y tendenciosa acusación de ingerencia política. La denuncia de la injusticia y el compromiso liberador no son actividades meramente políticas, ajenas a la fe y a la práctica cristiana; son mediaciones históricas de la salvación que Dios quiere para todos los hombres. Las liberaciones históricas son mediaciones del Reino de Dios, de la salvación cristiana. Por eso, un rasgo de la nueva evangelización es su carácter liberador. La Iglesia evangelizadora debe compartir la causa de la liberación con todos los hombres que en ella militan. La humanidad tiene derecho a ese potencial liberador que alberga la fe y la praxis cristianas.

En quinto lugar, la nueva evangelización debe realizarse *desde la óptica y la opción por los pobres*. La opción por los pobres y la solidaridad con sus luchas liberadoras son hoy la medida de la conversión de la Iglesia al evangelio de Jesús y al Reino de Dios. A partir del Concilio Vaticano



II la Iglesia ha tomado especial conciencia de ello y se esfuerza por ser la Iglesia de los pobres. Esta es una condición indispensable para realizar verdaderamente una nueva evangelización. Los grandes profetas de Israel anunciaron la salvación y denunciaron la injusticia desde la óptica del pobre, de la viuda, del huérfano, del extranjero. La simple existencia de los pobres en la comunidad israelita es para los profetas un signo patente de que la justicia había fracasado. Los profetas se erigen en portavoces del clamor de los pobres que llega hasta Dios y no puede quedar sin respuesta. Jesús radicaliza esta opción por los pobres asumiendo la condición humana en su nivel más bajo: la condición de siervo condenado como blasfemo y crucificado fuera de la ciudad. La solidaridad con los pobres aparece en la predicación y en la praxis de Jesús como condición indispensable para la entrada en el Reino.

La Iglesia no puede sustraerse a esta opción por los pobres y a esta solidaridad con su causa, si quiere permanecer fiel a su misión evangelizadora. La evangelización de los pobres es un signo esencial de la identidad cristiana de la Iglesia, como fue signo de la identidad profética y mesiánica de Jesús. La nueva evangelización tiene en los pobres a sus destinatarios privilegiados y debe evangelizar a todos los hombres desde la óptica de los pobres. En ellos se revela el rostro de Cristo, el Siervo de Yahvé; en ellos se revela el rostro de Dios por contraste, como quien niega todo el pecado de la humanidad reflejado en la existencia de los pobres y en las injusticias que padecen. Los mismos pobres evangelizan a la Iglesia, no sólo por los valores cristianos que ciertamente poseen, sino por el simple hecho de ser pobres. La nueva evangelización es también evangelización de la Iglesia, que repite el itinerario de Jesús en la medida que se convierte en Iglesia de los pobres.

El sexto lugar, la nueva evangelización es tarea y responsabilidad de *todos los miembros y secotes de la Iglesia*. La figura solitaria del misionero clásico cede protagonismo a la comunidad evangelizadora. Cada comunidad cristiana se convierte en agente primero de la nueva evangelización. Todos sus miembros, laicos, religiosos o sacerdotes, están llamados a trabajar corresponsablemente en la tarea evangelizadora, cada uno según sus carismas y ministerios específicos. La incorporación de los laicos es uno de los rasgos destacados de la nueva evangelización. Las experiencias ya realizadas en las comunidades eclesiales de base y en otros modelos de comunidades cristianas, son un avance notable de lo que puede significar la nueva evangelización. La ventaja de esa incorporación de los laicos a la tarea evangelizadora no se ha de medir sólo cuantitativamente: no se trata sólo de que haya más evangelizadores. Tiene un ahonda significación cualitativa: se trata de que se evangelice desde otras experiencias de fe y de Iglesia, desde otros modelos de espiritualidad, desde otros carismas y otras prácticas del ministerio eclesial.

Finalmente, la nueva evangelización implica una *verdadera inculturación del mensaje y de la vida cristiana*. Debe superar todo resabio de colonialismo, imperialismo, proselitismo, así como cualquier actitud eclesiocéntrica y eurocéntrica. Debe superar la concepción geográfica y expansionista de la misión; asumir la legitimidad de diferentes modelos de Iglesia; aceptar la pluralidad de expresiones culturales de la fe cristiana. Cada Iglesia local, cada comunidad cristiana, es sujeto agente de misión y de intercomunidad. La universalidad y unidad de la Iglesia se concretan en la intercomunidad de todas las Iglesias particulares, de todas las comunidades cristianas.

La inculturación de la fe cristiana y de la Iglesia tiene su fundamento último en la teología de la encarnación. Para que la nueva evangelización lleve a cabo esa inculturación, el cristianismo debe abrirse a un diálogo en profundidad con las distintas culturas. Igual que un día la experiencia



crisiana, nacida en un contexto cultural judío, pasó a encarnarse en la cultura helenistas o romana y en los sucesivos modelos culturales del continente europeo, hoy debe seguir inculturándose en los diversos modelos culturales de otros pueblos y continentes.

Este diálogo supone, en primer lugar, aceptar la pluralidad de las culturas, la identidad y singularidad de cada una de ellas. Debe reconocerlas a todas como sujeto legítimo de diálogo. En segundo lugar, implica reconocer y asumir la revelación de Dios y la presencia de la experiencia religiosa, de las 'semillas del Verbo', en las diversas culturas. Implica por otra parte una iluminación de la ambigüedad que caracteriza a todas las culturas desde el punto de vista salvífico. El criterio de referencia para esta iluminación es el evangelio de Jesús. Pero esa delicada tarea sólo puede ser realizada correctamente desde el interior de las mismas culturas, desde una auténtica inculturación. Quienes están más dentro de una cultura son los miembros de la misma. Ellos son los principales responsables de la inculturación de la fe crisiana. Las comunidades locales están llamadas a ser los agentes de una nueva evangelización verdaderamente inculturada.